



ACTO SEGUNDO.

EL RETO.

La decoración del primer acto.

ESCENA I.

ISABEL, sentada tristemente con rico traje de boda y flores en la cabeza.

LEONOR, componiéndole una flor.

Leo.—Dejadme, señora mía,
Que os prenda bien esta rosa:
En verdad estáis hermosa;
Hasta la melancolía
Os sienta bien.

Isab.— ¡Ay, Leonor!
¡Si mostrara mi semblante
Lo que sufro en este instante,
Lo amargo de mi dolor!
Pero no; tú conocer

No puedes la pena mía;
Es una larga agonía
Que no es fácil comprender.
Anoche pensé morir.
¡Oh, qué noche! hora por hora
Conté, esperando á la aurora,
Sin descansar, sin dormir.
¡Oh, qué penoso es el lecho
Para el que padece tanto!
Ni llorar pude, ¡ay! el llanto
Me hubiera aliviado el pecho:
Al fin, ví llegar el día
Pero la esperanza no,
¡Huyó para siempre, huyó!
¡Y aun respiro, Leonor mía?

Leo.—Serenad vuestro semblante,
Considerad que es forzoso
Recibir á vuestro esposo,
Que no tardará un instante.
Tal vez el tiempo podrá
Aliviar vuestro dolor.

Isab.— (Con enojo)

Tú nunca amaste, Leonor;
Déjame, déjame ya.

Leo.—¿Os ofendí? sabe el cielo
Que os amo, señora mía:
Perdonadme; yo quería
Procuraros el consuelo:
De nuevo os pido perdón.

Isab.—Es verdad, no me ofendiste;
Tú penetrar no pudiste
Lo que sufre el corazón.

Uno sólo conocía
Lo más secreto de él:
¡Ay! el alma de Isabel
Sólo Alberto comprendía.
Aún está aquí; no es verdad?
Que no se vaya, por Dios;
Juntos podremos los dos
Arrostrar la tempestad;
Mas, ¿qué digo? ¡desdichada!
El debe, debe huir,
Y yo mi suerte sufrir,
Y morir desesperada:
Venga, venga ese Barón
Que debe ser mi tirano,
Aquí está mi yerta mano,
Pero no mi corazón:
Yo se lo diré, sabrá
Lo que ha de esperar de mí,
Y que Alberto siempre aquí

(Señalando su corazón.)
Mientras yo viva estará.

Leo.—¿Se lo diréis?

Isab.— Sí, Leonor,

Todo lo sabrá, y después,

Morir me verá á sus pies,

Ahogada por el dolor.

Tal vez el cielo piadoso

Su corazón moverá;

Tal vez él prescindirá

De esta boda, generoso.

Leo.—Desechad esa ilusión;

Esperar, señora, es vano;

De ese hombre el pecho inhumano
 No abriga la compasión.
 Isab.—¿Y tan bárbaro sería,
 Que mirándome bañada
 En llanto, desesperada
 En espantosa agonía,
 Jurándole que á morir
 Me conduce este himeneo;
 Insistiera? No lo creo;
 No puede un ser existir
 Tan odioso.
 Leo.— A Dios pluguiera
 Que no fuera así, señora;
 Pero vais á verlo ahora.
 Isab.—Déjame, Leonor, siquiera
 La esperanza. ¿Tú también
 Te conjuras en mi daño?
 Mi esperar será un engaño;
 Pero este engaño es un bien.
 Leo.—Es un bien que poco dura.
 Isab.—Es un instante de calma,
 Que hace revivir el alma,
 Sumergida en a mar gura:
 Y.... ¿quién sabe? acaso el cielo
 Con un rayo me ilumina:
 Tal vez la bondad divina
 Se apiada ya de mi duelo:
 De la horrible desventura
 El último punto, acaso
 Es, Leonor, el primer paso
 A la paz, á la ventura.
 Leo.—¿Y aunque el Barón apiadado
 De vuestro llanto, señora,

Quiera desistir ahora
 De ese empeño desgraciado,
 Vuestro padre prescindir
 Querrá también cuando ya
 Todo prevenido está?
 Isab.—Preciso será mentir:
 Fingiré una enfermedad
 Que retarde el himeneo,
 Y el tiempo después....
 Leo.— Yo creo
 Que la triste realidad
 Disipará esa ilusión:
 Que prescinda de su empeño
 El Barón, señora, es sueño,
 Me lo dice el corazón.
 Isab.—Eres, Leonor, muy cruel,
 Despedazándome estás;
 Si este es un sueño no más,
 No me despiertes de él.

ESCENA II.

Dichos, PEDRO

Ped.— (anunciando.)
 El señor Barón.
 Isab.— ¡Dios mío!
 Llegó, Leonor, el momento
 Decisivo.
 (A Pedro)
 Haced que pase. (Se va Pedro.)
 Retírate tú. (A Leonor.)

Leo.— Los cielos
Os acompañen, señora,
Y ablandén el duro pecho
De ese hombre. (Se va.)

Isab.— Toda mi sangre
Helada en las venas siento;
Ya las fuerzas me abandonan!
Auxíliame, Ser supremo!
Mi ruego escucha. Oigo pasos. ¿
Es él... es él! ¡Cómo tiemblo!

ESCENA III.

ISABEL, DE BOHUN.

(Con rico traje de guerrero.)

Bohún.— Ese criado acaba ahora
De decirme que queréis
Hablar conmigo, señora:
A este mortal que os adora,
Aquí rendido tenéis.

Isab.— Sentáos. (Se sientan)

Bohún.— Al fin os veo
A solas ¡feliz instante!
¡Apenas mi dicha creo!
Hablad, que vuestro deseo
Ley será para un amante.
En vuestra frente divina
Mirando estoy la tristeza:
Hablad, joven peregrina,

Quizá el cielo me destina
A consolar la belleza.
Tal vez informada estáis

De que soy altivo, fiero;
Tal vez de mi amor dudáis,
O al ver mi rostro pensáis
Que es mi corazón de acero.

No, Isabel; desde que ví
Vuestro rostro encantador,
Mi voluntad os rendí,
Y grabada estáis aquí

(Señalando su pecho)

Por la mano del amor.

Cierto es que nunca os hablé

De este amor, Isabel mía:

Sólo á vuestro padre fué

A quien la llama mostré,

Que el alma me consumía.

El Barón me aseguró

Que vos me amábais, señora;

Decidme si se engañó:

En vuestro labio hallé yo

Mi vida ó mi muerte ahora.

Pero antes de pronunciar

El fallo, bella Isabel,

Dignáos considerar

Lo que me puede costar,

Si por desgracia es cruel.

Isab.— Señor...

Bohún.— Seguid; ¡qué dulzura

Tiene, Isabel, vuestro acento!

Descubridme esa alma pura.

Isab.—Veréis en ella amargura.
 Bohún.—¿Quién causa vuestro tormento?
 Isab.—Mi boda.
 Bohún.— ¡Cómo!
 Isab.— Señor,
 Miradme.
 (Queriendo echarse á los pies del Barón,
 que la contiene.)
 Bohún.— ¿Qué vais á hacer?
 Isab.—¡Compadeced mi dolor!
 Os respeto; pero amor
 Jamás os puedo tener!
 Bohún.— (Con enojo)
 ¡Jamás! ¿Pues por qué razón
 A vuestro padre, señora,
 No lo dijisteis?
 Isab.— ¡Perdón!
 Tened, señor, compasión
 De una mujer que os implora!
 Noble sois y caballero,
 (Se arroja á sus pies)
 Mi suerte está en vuestra mano,
 ¡No tenéis alma de acero!
 Bohún.— (Levantándose).
 Una explicación espero:
 Hablad, no soy un tirano.
 (¡Qué sospecha... si otro amor!...
 No, no puede ser verdad:
 Reprimiré mi furor).
 Deponed todo temor, (Con dulzura)
 Habladme con claridad.
 Si nace vuestro desvío,

De que no me habéis tratado,
 Decídmelo, el pecho mío
 Conoceréis, y confío
 En que de vos seré amado.
 Esa palabra, "jamás,"
 Es espantosa, es cruel!
 Ha sido efecto quizás
 De la turbación no más;
 ¿No es cierto, amada Isabel?
 "¡Jamás!" ¡ah! por compasión
 Esa expresión reformad;
 No hiciera más impresión
 En mí la reprobación
 Que oyera en la eternidad.
 Isab.—Sí, fué demasiado dura,
 Lo conozco, ¡qué queréis!
 El exceso de amargura...
 Bohún.—Basta angélica criatura,
 Basta ya; no os disculpéis.
 ¿Tembláis acaso de ser
 Esclava en mi compañía?
 ¡Qué error! ¡lo podéis creer?
 Vuestro amor, bella mujer,
 Será mi norte, mi guía.
 ¡Mi esclava! no; mi señora,
 Mi reina seréis; mandad,
 Mandad, joven seductora:
 Vuestra voz encantadora
 Es la voz de una deidad.
 Activo he sido ¿por qué
 Lo he de negar? hasta aquí
 Este mi carácter fué;

En adelante seré
 Lo que vos hagáis de mí.
 Mis títulos, mi grandeza,
 A vuestros pies están ya
 Y servirá mi riqueza
 De engalanar la belleza,
 Que el orbe me envidiará.
 Mármol y oro cincelado
 Formarán vuestra mansión,
 Diamantes vuestro tocado,
 Y vuestro altar consagrado.
 Mi sumiso corazón:
 Vuestra suerte envidiarán
 Las esposas de los reyes:
 Mil esclavos temblarán
 A vuestra voz, y tendrán
 Vuestros caprichos por leyes.
 Incienso y adoraciones
 Os rodearán noche y día:
 Pendientes mil corazones
 Estarán de las acciones
 De la hermosa reina mía:
 Y yo á sus plantas postrado,
 En su mirar embebido,
 De sus glorias embriagado
 Con su ventura pagado,
 Lo demás daré al olvido!
 Un trono, un mundo valdría
 De mi existencia un instante!
 Feliz cual nadie sería,
 Y mi vida pasaría
 Como un ensueño brillante! (Pausa)

Pero ¿no me respondéis?
 ¿Nada os merece mi amor?
 ¿Ni ver mi rostro queréis?
 ¡Ah, tembláis! ¿No me daréis
 Una respuesta?
 Isab.— Señor.
 Bohún.— Seguid.
 Isab.— El cielo es testigo
 De que agradece mi pecho
 La bondad que usáis conmigo.
 Mas . . .
 Bohún.— Proseguid.
 Isab.— Si prosigo,
 Va á estallar vuestro despecho.
 Pero debo con franqueza
 Descubriros la verdad:
 Los títulos, la riqueza,
 Esa gloria, esa grandeza,
 No harán mi felicidad.
 ¿Qué importa que mármol y oro
 Formen mi augusta mansión?
 Si allí me acompaña el lloro,
 Me falta el mayor tesoro,
 Que es la paz del corazón.
 El corazón que está herido,
 Bajo de un manto real,
 O de un humilde vestido,
 Siempre estará dolorido,
 Siempre sufrirá su mal.
 ¿Qué me importa, ¡cielo santo!
 Ocupar un alto asiento,
 Si no es menor mi quebranto?

¿Qué importa verter mi llanto
Sobre rico pavimento?
De vasallos numerosos,
Decís, seré respetada:
Me obedecerán gozosos;
Ellos serán venturosos,
Pero yo desventurada:
En su corazón sencillo
Amor me alzaré un altar;
Pero ni este amor, ni el brillo,
Arrancarán el cuchillo
Con que me siento clavar.
¡Oh! nada le importa, nada,
El fausto, noble Barón,
A una triste aprisionada!
Será su prisión dorada!
Pero es siempre una prisión!
Bohún.—Mas no sabré...
Isab.— ¡Perdonad!
Tal vez os habrá ofendido
Mi mucha sinceridad;
Pero os dije la verdad,
Porque así lo habéis querido.
Ahora yo quiero alcanzar
De vos un favor.
Bohún.— ¿Cuál es?
Isab.— (De rodillas)
Que os dignéis renunciar
A este enlace, ó expirar
Me veréis á vuestros pies.
Bohún.— (La levanta)
Me es muy duro; pero alzad:

Yo quiero exigir de vos
Otra cosa.
Isab.— ¿Qué? mandad,
Bohún.—Que me digáis la verdad,
Como la diríais á Dios.
Isab.—Os lo prometo.
Bohún.— ¿Tenéis
Acaso alguna pasión?
¿Amáis á otro?... ¿enmudecéis?
Isabel, ¿no respondéis?
Isab.—¡Ah, sí amo!
Bohún.— (¡Maldición!
Soy infeliz: ¡pronto en mal
Mi bien convertido ví!
¡Oh, qué momento fatal!
(Con dulzura)
Mas decidme ¿mi rival?
Isab.—Miradle.
Bohún.— ¿Es Alberto?
Isab.— Sí.

ESCENA IV.

Dichos, ALBERTO.

(Entra y se sorprende al ver al Barón.)

Alb.—Isabel... perdonad, yo imaginaba..
Bohún.—Que estaba sola, ¿no es verdad,
(Alberto?)
No os embarace la presencia mía;
¿No sabéis que yo soy amigo vuestro?

Si, vuestro amigo, ¿lo dudáis? ahora
 Hablábamos de vos: el labio bello
 De vuestra hermana, vuestra "cara her-
 mana,
 De revelarme acaba su secreto.
 Pero ¡con qué candor! ¡con qué ternura!
 Una virtud tan pura, bajo el cielo
 No es fácil encontrar: yo os felicito
 De haber amado un corazón tan bello.

Alb.—Señora...

Isab.— Si, mis lágrimas amargas
 Han conmovido el generoso pecho,
 Del ilustre Barón: me ha prometido
 Suspende por ahora este himeneo:
 ¿No es cierto? el corazón me lo decía:
 Tan valiente y cumplido caballero,
 Abrigar no pudiera una alma baja,
 Indigna de su nombre.

Alb.— ¿Es éste un sueño?
 Isab.—Arrójate á sus plantas, caro amigo,
 Arrójate á las plantas del más bueno,
 Del más digno mortal: ¡ah! que su vida
 Haga larga y feliz el Ser supremo.
 ¿Pero estás en estatua convertido?
 ¿Lo dudas todavía?

Alb.— Isabel... temo...
 Bohún.—¿Que yo no sea capaz de un sa-
 (crificio

De tanta magnitud? Vano recelo:
 Nada más justo, vuestra "cara hermana"
 Os ama, y á mí no; ¿por qué un objeto
 Sacrificar, tan cándido, tan puro?

Si vuestra "cara hermana" hubiera puesto
 Su amor en un sujeto menos digno;
 ¡Pero en vos, joven, vos, enervo pecho
 Se abriga una virtud acrisolada!
 Vuestro padre adoptivo, ese buen viejo,
 Que la vida os salvó, ¡de cuánto gozo
 Se llenará al saber ese respeto
 Que á sus canas tenéis! ¡Oh, no es posi-
 (ble,

Que quede oculto tan sublime esfuerzo!
 ¡Sacrificio inaudito, inconcebible!
 Vivir al lado de ella tanto tiempo
 Sin manchar su virtud! Oh! yo lo juro,
 Ai Barón lo diré, tendréis el premio
 A que sois acreedores, hijos míos:
 No lo dudéis.

Isab.— ¡Qué escucho!

Alb.— Ya entreveo
 La infernal ironía que respiran,
 Orgullosos Barón, vuestros acentos.
 ¿Qué has hecho, desgraciada? ¿y tú pu-
 (diste

Pensar jamás que su insensible pecho
 Fuera capaz de rasgo tan sublime?

Isab.— ¡Infeliz!

Bohún.— Me injuriáis sin merecerlo:
 Vuestra "querida hermana"...

Alb.— ¡Basta, basta!
 No más nos insultéis. Un caballero
 Usa un lenguaje franco; sus acciones
 Deben llevar de la nobleza el sello;
 Pero vos.....

Bohún.— ¿Y pensábais, bella joven,
Que el Barón de Bohún puede sereno
Un desdén escuchar, que renunciara
Con tal facilidad al bien supremo
De ser esposo vuestro? Al alma mía,
Está quemando un espantoso fuego
Que excita más y más vuestro desvío,
Que no puede apagar el mismo cielo.
¡Un rival! un rival! no lo esperaba!
¡Un huérfano, un expósito!... ya veo
Qué bien cumplís vuestro deber sagrado:
Un noble anciano de ternura lleno,
Salva vuestra existencia miserable,
Cuida de vuestra infancia, os da un asiento
En su mesa, os prodiga las bondades
Que al hijo más querido un padre tierno.
Y vos, para pagar sus beneficios,
Cediendo á un loco criminal afecto,
Seducís á una hija hermosa, pura,
Que de su ancianidad era el consuelo.
Alb.— ¡Cállate, miserable! ¿y tú me acu-

(sas
De seductor? ¿lo oís? ¿y sufrir puedo
Su presencia? ¡malvado! ¿y tú, tú hablas
De virtud? ¡La virtud! no conocieron
Lo que quiere decir esta palabra
Los mónstruos como tú! ¡Poder del cielo!
¡Yo seductor! ¡yo seductor! ¡Iníame!
Bohún.— Ved, Isabel hermosa, qué vio-

(lento
Es vuestro "caro hermano:" una palabra
Le llena de furor.
Alb.— Te ha descubierto

Isabel un secreto, que debía
Para siempre ocultar un triste velo;
Pero lo sabes ya: sí, yo la amaba,
Yo la amo, la amaré; jamás el tiempo,
Ni el poder ni la muerte han de arrancarla
De este fiel corazón, donde con fuego
Grabada está su celestial imagen:
Desde la infancia, desde aquel momento
Que brilló la razón en nuestras almas,
Tal vez desde antes, nuestros labios tier-

(nos,
Que apenas balbucían las palabras,
Pronunciaron de amor el juramento:
Nos amaremos, sí, por más que airado
Hoy el destino irresistible y fiero
Nos separe; por más que tú procures
De Isabel atajar el llanto acerbo,
Y con oro cubrir quieras el yugo,
Bajo el que siempre vivirá gimiendo;
Mas yo no la seduje, nuestras almas
Para adorarse hasta morir nacieron,
Y un torrente de amor irresistible
Nos arrastró á los dos al mismo tiempo;
Mas tú no sabes, no, cómo la amo,
¡Con qué veneración! ¡con qué respeto!
Como á una cosa pura, sacrosanta,
Como á un sagrado espíritu del cielo,
Como al ángel que manda en nuestro au-

(xilio
La bienhechora mano del Eterno.
Isab.— ¡Alberto! (Con mucha ternura)
Bohún.— ¡Qué ternura! ¡qué palabras!
¡Qué corazón tan cándido, tan bello!

Alb.—Tú comprender no puedes este idio-

(ma;

Los tiranos jamás lo comprendieron.

Bohún.—; Y valiente además! ; cuántas
(virtudes!

Es lástima, Isabel, que el nacimiento

De ese joven no sea conocido:

Porque en verdad, amigo, no sabemos

Quién os ha dado el ser; pero á juzgarlo

Por vuestros elevados sentimientos,

Hijo seréis del mismo rey Ricardo:

; No es verdad, Isabel?

Alb.— (Sacando la espada)

Sufrir no puedo.

Defiéndete malvado!

Isab.— (Queriendo contenerlo.)

; Alberto!

Alb.— (A Isabel.)

Aparta.

Tus últimas palabras han abierto

Una profunda herida en mis entrañas,

Que con sangre no más curarla puedo:

Defiéndete, repito.

Isab.— ; Alberto mío!

Recuerda dónde estás.

Alb.— (Con horrible despecho.)

; Es cierto! ; es cierto!

Este castillo es para mí sagrado:

(Envainando su espada)

Sagrado! ; maldición! Vuélvete, acero,

Por la primera vez vuelve á la vaina

Sin vengar el ultraje de tu dueño.

Da gracias á este asilo: hoy era el día

En que exhalaras el postrer aliento

Al golpe de mi espada, miserable,

Si otro fuera el lugar donde tu acento

Hubiera provocado mi venganza;

Pero saldrás de aquí, y en campo abierto

Se cruzará tu acero con el mío,

Si algún resto de honor hay en tu pecho.

Adiós, Isabel mía: fué posible

Reportarme una vez; pero no puedo

Responder ya de mí. Barón altivo,

Abusa del poder, arrastra al templo

A ese ángel puro; con su amargo llanto

Ya tu condenación se está escribiendo:

Llévala ante el altar, su labio frío

Pronunciará de amarte el juramento;

Mas no su corazón, que en él mi nombre

A tu pesar ha de vivir impreso.

Adiós, Barón, mañana vuestra esposa

Viuda tal vez será: ved este acero:

El está acostumbrado á la victoria,

El te abrirá las puertas del infierno.

(Se va.)

ESCENA V.

DE BOHUN, ISABEL

Bohún.—; Pobre joven! compadezco

Su frenesí! loco está;

Pero confío que pronto

El tiempo le ha de curar.

; Cómo ha de ser! ha perdido

Una novia, y además
 Un buen dote: el infeliz
 Que lo sienta es natural.
 Valor, amada Isabel,
 Vuestro hermoso rostro alzad;
 No más llanto, ya pasó
 La escena sentimental:
 Miradme, yo estoy tranquilo,
 Y eso que debiera estar
 Celoso: ¡qué desvarío!
 Siempre en la primera edad
 Hay amorcillos, que luego
 El tiempo disipará:
 Nos unimos este día,
 Mañana estamos en paz:
 Verás, Isabel hermosa,
 Qué contento...

Isab.— Por piedad,
 Dejadme, ¿no os basta aún
 Mi corazón traspasar,
 Sino que en la misma herida,
 Jugando estáis el puñal?
 Tanta barbarie, señor,
 ¡Quién pudiera imaginar!

Bohún.— Cuando vuestro padre sepa
 Esta escena!... la sabrá,
 No lo dudéis!

Isab.— ¡Ah! ¡por Dios!
 (¡Alberto infeliz!) tomad
 Mi vida, os la sacrífico;
 Pero que yo nada más
 La triste víctima sea:

No queráis sacrificar
 (Hincándose.)

A un infeliz; yo lo pido
 A vuestras plantas.

Bohún.— Alzad;
 Yo callaré. Ya veréis
 Cómo al fin me habéis de amar:
 Mis continuas atenciones
 Con el tiempo ganarán
 Ese corazón tan bello.

Isab.— ¡Ah, no lo esperéis jamás!
 La víctima está dispuesta:
 Pronto llegaré al altar;
 Poco después á la tumba;
 Esto prometo no más.
 Id, señor, id, que mi padre
 Tal vez os esperará.

Bohún.— Me retiraré, Isabel,
 Puesto que me lo mandáis.
 (¡Qué hermosa está! ¡Me aborrece!
 Bien, y después me amará.)
 (Se va.)

ESCENA VI.

Isab.— ¡Y esta es la vida! ¿y al mirar ei
 (féretro)
 Cobarde tiembla el misero mortal,
 Cuando la tumba es el asilo único
 Donde se encuentra verdadera paz?
 Y de la vida ¿cuál es aquella época
 Que no conoce el peso del dolor?

¡Tormento siempre, en todas partes lágrimas!
(mas!

Tal es la suerte que al mortal tocó.

Desde la infancia hasta la edad decrepita,
El niño, el hombre y la infeliz mujer,
Corriendo van tras una sombra mágica,
Que llaman dicha, y que jamás se ve.

El triste anciano, de su edad quejándose,
De juventud quisiera disfrutar,
Olvida, imbécil, los tormentos horribidos,
En que se agita esta infeliz edad.

Es una fiebre, es una fiebre indómita,
Es un violento, un loco frenesí,
¡Ay! sus placeres pasan cual relámpago,
Dejando el llanto de su curso al fin.

Siempre deseos, esperanzas pérfidas,
Que nos halagan sin llegar jamás:
Siempre ansiedad, vacío, gozo efímero,
Que se convierte en triste realidad.

Y de la vida en el cercano término,
Del desengaño á la funesta luz,
El corto espacio de la tumba lóbrega...
Un paño negro... un mísero ataúd!

Tal de la vida es el torrente rápido:
¡Ay! de la mía ya se acerca el fin;
Y yo lo espero como espera el náufrago,
La amiga playa en que será feliz.

¡Oh, llanto mío, de mis penas bálsamo,
Ni tú, ni tú me quieres consolar;
Nadie se duele de la triste víctima,
Que de la vida se despide ya!

¡Alberto! ¡Alberto! De mi tumba mí-
(sera

La losa, tú con llanto regarás,
Hasta que se unan nuestras almas férvidas
En las regiones de la eternidad!
(Queda sobre una silla, en el mayor abati-
miento.)

ESCENA VII

ISABEL, LEONOR.

Leo.—Bien dije yo; de ese monstruo

En el pecho no hay piedad:

Tu esperanza, pobre niña,

Se ha desvanecido ya.

Señorita... no me oye:

Señorita... qué! si está

En estatua convertida.

¡Quién lo pudiera pensar!

¡Tan amable, tan hermosa!

Y pronto acaso será

Un despojo de la muerte.

¡Horrible fatalidad!

Volved en vos, señorita;

Mirad que van á llegar

Los caballeros.

Isab.— ¡Leonor!

Leo.—Vuestro vestido arreglado,

Cobrad ánimo, señora:

Vuestro padre notará

Esa turbación.